



## DISCURSO DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS

**D**EJANDO de comer Don Quijote, comenzó á decir: «Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Orden de la andante *critiquería*; y si no, dígame me quien, no siendo un crítico, se ha visto en el trance de andar por el mundo firmando certificados de buena conducta para quien no debe de necesitarlos, y menos debe pedirlos, por ser la honra y buena reputación calidades que se han de suponer en todos; quítense me de delante los que dijeren que está bien que cada pocos días un crítico, que de las letras se ha de entender que habla, y nada más, en todo cuanto de ellas dice, necesite declarar que, tratando de un poema, no ha entendido ofender á un caballero; que fuera como apuntar al sol del cenit para dar en los antípodas. Graves confusiones nacen y disturbios se engendran en la república de las letras, de no separar bien cada cual lo que al punto de honor toca y lo que

sólo entra en las contingencias del amor que llamamos propio, sin deber llamarlo así, pues más que amor de nosotros mismos es de nuestra sombra, que es de nuestra vanidad. Todo hombre debe dejarse hacer pedazos por la limpieza de su honor, pero ni lo negro de una uña se ha de exponer por arrancar de viva fuerza á otro una favorable opinión de nuestro ingenio, que, supuesto que él la tenga mala, ni con tenazas se la arrancaremos; y el hacerle cambiar en esto no es obra de la fuerza, sino de la elocuencia, que por medio de la persuasión ha de trocar su ánimo, lo cual sólo se consigue con partos del cerebro que de tal arte sean, que á todos seduzcan. Así cambiará el parecer contrario, que no forzado; y donde no, será tan miserable, que valdrá más teniéndole por enemigo.

Los que se consagran á las letras, señores, no han de referirse jamás á las armas, por cuanto á las letras toca, ni el que se vea obligado á usar de las armas ha de consentir jamás que se piense que á ellas recurre por ocasión de las letras. Varios casos pueden suceder en que estas confusiones ocurran, y pueden de ellos ser culpables los diestros que son también literatos, y los literatos que presumen de diestros. El que sintiéndose valiente y dueño de las armas, de esta ventaja quiera valerse para gozar más crédito en lo que escribe, engaña al público, se engaña á sí mismo, falta á la justicia y ofende á los que no hacen otro tanto. Si

un crítico censura lo que escriben cuantos autores le parecen detestables, y para mejor persuadir y deleitar al lector, si tanto puede, emplea las burlas lícitas de la sátira desinteresada, todos los que toleran sus flechazos, puramente retóricos, ¿lo harán porque son pusilánimes, y no porque saben sufrir legítimos ataques, que en ellos solamente lastima lo que no es capaz de tener honra, que es la vanidad? Llenas están las historias de nuestros tiempos y de otros más antiguos de ejemplos notables, donde se ve á muy bravos caballeros, que hasta por oficio pudieran tener el serlo, soportar con paciencia la sátira que les mortifica, pero que no les hiere donde ellos no pudieran tolerarlo. Pues ahora, el que se levanta á guisa de redentor diciendo: «¡No en mis días! ¡Conmigo no hay bromas! ¡Fuera chanzas si van con mis libros!» más que al Cid Campeador asemeja á D. Lucas del Cigarral, que por hacerse oír una comedia suya se expone á que su honor quede burlado, y á coger una pulmonía orillas del pozo de un corral en noche de helada.

Si hasta aquí sufrieron valientes y cobardes que de las obras literarias que al público fallo entregan, la crítica diga el mal que quisiere y como quisiere, así ha de ser también en adelante, y no hay en esto nada que enmendar ni redimir, ni para qué exponer en tan ociosa empresa la paz ajena ó la propia. Nadie agradecerá su trabajo al que se empeñe en enmendar lo que no necesita enmienda; antes, como ya dije, po-

drán amostazarse aquellos que en caso igual se vieron y no se enfadaron ni hicieron más que callar; y aun habrá entre los tales quien diga: ¿si pensará éste que por cobardes callamos nosotros, y que por él esperábamos como por un Mesías, para que á todos nos salvase?—Y así se ve cómo quien por fuerza pretende cambiar el juicio que de los partos de su ingenio forma el crítico, nada consigue y lastima á otros. Mas ahora mostremos cómo es injusto con aquel á quien perturba inútilmente. Suponer que quien censura nuestras obras pretende ofendernos, sin más ni más, es suposición que frisa con la ofensa; porque si la injuria asoma en la censura, no debemos preguntar si se nos quiso ofender, sino exigir el desagravio, si cabe; y si la injuria no asoma, es malicia excusada sonsacarla y querer verla allí donde no hay más que honesto pasatiempo y chanza permitida y sancionada por el uso de todos los siglos y de todos los pueblos cultos.

Con el achacar á burlas con el honor lo que es sátira contra nuestros hijos literarios, damos á entender casi casi que en más apreciamos esta vana progenie que aquel hijo único de nuestras obras, y que más fácil nos parece que se dude de nuestra buena fama, que de los primores de nuestra pluma. También se ofende al crítico con suponerle tan majadero que sólo por diversión ha de dedicarse á ofender, trayendo esto en pos de sí, á más del castigo de todo pecado, peligrosas consecuencias. No puede el buen sentido supo-

ner que quien tiene por oficio censurar libros y comedias, cuando lo hace, se propone injuriar á los autores; porque siendo muchos, y tantos, los que escriben mal, el censor impertinente se expondría á una batalla diaria. Quiero pensar que nuestro crítico es tan valiente como Rui Díaz de Vivar; pues este bravísimo caballero luchó con quince en Zamora, y á los quince los venció; pero el crítico, puesto que venciase á los quince, caería bajo los piés del décimosexto mal poeta, sin que le valiese el ser un Cid Campeador.

Queda, á más de esto, considerar que en el arremeter con la furia premeditada del que toma vuelo desde lejos y con todo el aire de la vanidad herida, hay una ventaja poco leal respecto del pobre crítico descuidado que, ni quería ofender, ni tenía por qué quererlo, pues era incapaz de tener envidia al autor censurado.

Frío y sin ira está el crítico: airado viene el otro, y es desigual combate el de quien desea beber sangre de literato cáustico, con quien tiene la vanidad puesta, precisamente, en no querer mal á su enemigo, del cual no espera que en las artes de la paz le pueda estorbar en su vida.

Mas ya se debe decir algo del otro caso de que hablaba, y es que el crítico puede traer graves trastornos á la ordenada república de las letras, si oyendo voces imprudentes del propio orgullo ó de la ajena pasión, quiere añadir á la prerrogativa de censurar que el uso

le confiere con todas sns premáticas, la cualidad de bravucón y quisquilloso espadachín.

Ha de hacer éste como el otro y como todos en lo de procurar por su honra y preferirla á la misma vida, con valer tanto ésta para el que vive bien con su conciencia; pero por la vanidad de parecer valiente y mal sufrido, fuera de tiempo, no ha de exponer ni su sangre ni la ajena. Y ya que tiene, ó suele tener, la pícarra vanidad de pensar que el autor que él juzga mal poeta ó mal prosista no sabe, como él sabe, cuánto más valen la vida y la tranquilidad que los versos y las prosas detestables, aplique esta aprensión de su amor propio á disimular flaquezas ajenas y muestre calma y hasta benevolencia donde el contrario calor y pasión dignos de mejor causa. Y no olvide, sobre todo, que al que vanamente considera inferior en honduras intelectuales, debe sin falta mirarle como igual en materia de pundonor y de todo derecho, y que el mismísimo bobo de Coria, que era tan bobo, sabe tanto y merece tanto como Salomón, si se trata de su honra y de respetar su decoro.

No debe el crítico, si se precia de hombre moral, negar á nadie la condición de bien nacido y mejor criado, mientras no le conste que no la tiene; y debe estar siempre con ánimo expedito para aclarar las dudas que sobre el caso le presenten, sin detenerse por lo pronto á discernir si las dudas están bien ó mal fundadas. Sólo con el que insistiera después de satis-

fecho, debe seguir el camino de tomarle como loco y tratarle, ó hacer que le traten como tal. Y de mí digo, señores, que si con todo el valor que poseo y la destreza que me asiste y que consta al mundo, tuviera tiempo, como no lo tengo, de escribir de crítica y enderezar tuertos y ripios literarios, no me acordaría jamás de quien soy ni de lo que puedo, y al que maltratase en mis escritos, sin poder remediarlo, diérale cuantas explicaciones me pidiese en punto á reconocerle su honor, si lo tenía; y aún había de hacer más, y sería repartir al mundo entero y á cuantos literatos de pobre ingenio las quisieran, letras de crédito, como aquella primera de pollinos que dí á Sancho en Sierra Morena; las cuales serían pagaderas al portador y dirían: «Yo D. Quijote de la Mancha, desfacedor de entuertos literarios, por la presente, y no habiéndolo hecho por la primera, reconozco en D. Fulano, pésimo poeta, ó prosista empecatado, todo el honor que le esté bien; y si hubiere *plus petitio*, allá la justicia, que yo no soy juez de honras, sino de ingenios. Vale por cien años.»

Mas no permitiéndome la Orden de caballería que profeso consagrar mis ocios, que son las armas, á cortarles la pluma y dejársela sin pelos á los que de ella viven ó quieren vivir, lo que por mí no he de hacer, á los demás se lo recomiendo; pues así habrá orden en estos reinos, y serán las letras para lo que son, que es el ornamento de la paz, y las armas para lo que

sirven, que no es para ahuyentar las musas, sino al contrario, barrer de enemigos el terreno donde ellas, al amparo de la sagrada oliva, puedan reinar, acompañando al dios Esminteo, coronadas de laurel incorruptible.»

*Por el fonógrafo,*

CLARÍN.



## LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

### LOS PAZOS DE ULLOA

Novela original, precedida de unos apuntes autobiográficos

por

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

BARCELONA

*Daniel Cortezo y Compañía, editores.*

**N**ADA de lo copiado tiene desperdicio. Los señores Cortezo y compañía, de quien yo no puedo hacer grandes elogios porque podrían creerlos interesados los maliciosos, han emprendido la publicación de una nueva Biblioteca, que ahora se inaugura con la más reciente novela de mi buena amiga Emilia Pardo Bazán. La casa de Cortezo quiere publicar, en tomos que no sean de lujo, pero sí decentes, de papel bueno y de impresión esmerada, las novelas que vayan escribiendo los «mejores novelistas españoles.»

El intento no puede ser más digno de aplauso; pero